

# Cuadernos del Sur

Año 19 - N° 36

Noviembre de 2003

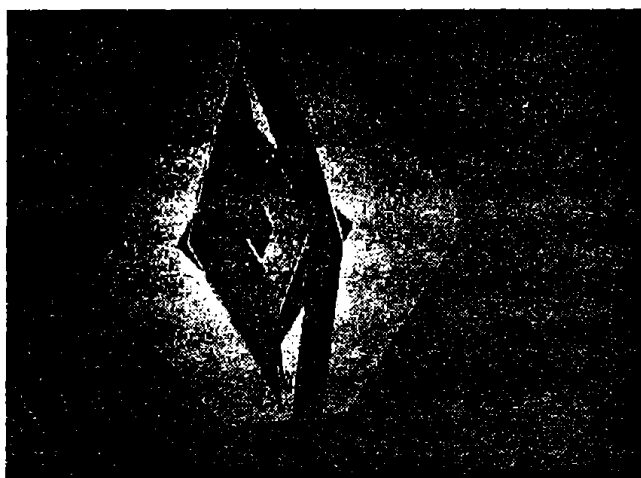
NUEVAS DIRECCIONES

**[www.cuadernosdelsur.org.ar](http://www.cuadernosdelsur.org.ar)**  
**[info@cuadernosdelsur.org.ar](mailto:info@cuadernosdelsur.org.ar)**

Rodney 171 - D° 77 (1427BNC) Buenos Aires, Argentina

Tierra  fuego  
del

## América latina: El comienzo de una nueva fase



**L**a gran victoria popular en Bolivia es el punto más alto y el ejemplo más espectacular de un proceso que, en un par de meses, llevó a un cuarto de millón de campesinos y ecologistas franceses al altiplano de Larzac, para oponerse a la política de la Organización Mundial del Comercio, movilizó también a decenas de miles de personas en la lejana y exclusiva Cancún, donde se hundieron las negociaciones de la otrora omnipotente OMC, lleva ahora a los sindicatos italianos a enfrentar al gobierno con una nueva huelga general en defensa de las jubilaciones y pensiones, sostiene la decisión de los campesinos del Brasil, con el Movimiento de los Sin Tierra, de ocupar directamente sin depender del gobierno de Lula empeñado en su giro a la derecha, mantiene ardiente la resistencia iraquí y estimula la resistencia de los campesinos y trabajadores de Venezuela contra los intentos permanentes de golpe de Estado organizados por Estados Unidos y la oligarquía. Este no es, sin embargo, un proceso rectilíneo, siempre ascendente.

Por ejemplo, el ingreso de los indígenas ecuatorianos en el gobierno de Lucio Gutiérrez, donde tuvieron cuatro ministros y centenares de funcionarios, se saldó con una catástrofe política que sólo el paso a una oposición activa, volviendo a tomar contacto con la tierra y con sus bases, permitió evitar que condujese a la ruptura de la CONAIE y de su instrumento electoral, Pachakutik. En otros puntos de nuestro continente se registran zigzagues similares: en efecto, el movimiento masivo de los campesinos mexicanos –El Campo no Aguanta Más– oscila entre la presión sobre un gobierno que ni quiere ni puede hacer concesiones y la decisión –que podría llevarlo a la ruptura en la dirección con los “posibilistas”– de imponer directamente sus reivindicaciones mediante la movilización masiva y la construcción, a la boliviana, de poderes duales regionales. O la importante decisión del Ejército Zapatista de Libera-

ción Nacional de construir regiones autónomas reuniendo los municipios rebeldes chiapanecos y dándoles gobiernos –las Juntas de Buen Gobierno– con poder de policía, judicial, de planificación económica y de asistencia social, hasta ahora sólo ha encontrado un débil eco en el resto de México incluso entre los mismos indígenas. En tanto que en Argentina los fuertes movimientos sociales autónomos y hasta autogestionarios (de los cuales quedan fundamentalmente las fábricas recuperadas, los locales ocupados por las asambleas, así como centros de reflexión) han refluído aunque la experiencia permanece al volcarse las expectativas de buena parte de la población empobrecida que antes se movilizaba hacia la tradicional esperanza en el aparato de Estado dirigido por un candidato a Líder. Está también lejos de ser definitiva la misma victoria de los obreros, campesinos y trabajadores urbanos sindicalizados en Bolivia, que derribó al gobierno neoliberal apoyado por la embajada estadounidense, anuló los planes de exportar gas a través de Chile (que habrían separado a Bolivia del Mercosur y habrían facilitado el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas que promueven Washington y Santiago de Chile). A la vez arrancó la promesa de castigar a los asesinos y de convocar una Asamblea Constituyente. Lo conquistado en las calles, en efecto, debe ser aún confirmado organizando el frente social vencedor con la necesaria unidad detrás de un programa alternativo, superando las diferencias entre las distintas fuerzas insurgentes para imponer así que las promesas se cumplan. Ello es indispensable para dirigir la Asamblea Constituyente, si ésta se logra, y para impedir –manteniendo la iniciativa política– que las clases dominantes se reorganicen con la ayuda de la intervención estadounidense.

Incluso en Bolivia, donde está el punto político y programático más alto de los movimientos sociales actuales, las luchas preceden la comprensión teórica y la formación de direcciones que, haciendo un balance de las experiencias del pasado, superen el pragmatismo que ha provocado los errores y la crisis de la CONAIE o las políticas erráticas del zapatismo. Aún queda por comprender cuáles son los márgenes que deja la mundialización para una política de liberación nacional y social, cuáles son las fuerzas sociales en pugna en cada país y cuál es el nivel de conciencia de las mayorías. Por ejemplo, en la Argentina eso evitaría a muchos hablar de insurrección e incluso de la posibilidad de instaurar un poder de los trabajadores cuando está paralizado el movimiento obrero –salvo en su relativamente reducida expresión piquetera–, cuando más de la mitad del país vota por la derecha neoliberal, menemista o no, y cuando la inmensa mayoría de la otra mitad está en espera todavía de un Salvador providencial.

Lo nuevo en esta fase de la mundialización dirigida por el capital financiero es que en vastos sectores de la población mundial comienza a resquebrajar-

se la dominación, la introyección por las clases dominadas de las ideas y valores del capitalismo y el sentimiento fatalista de que no habría alternativa a la política neoliberal pues ésta sería la única posible. Dado que el capital es una relación social, los cambios que se producen en la subjetividad en vastos sectores de las clases dominadas, debido al ejemplo de los movimientos sociales y a los latigazos de la recesión, modifican la relación de fuerzas entre la minoría explotadora y las grandes mayorías. Por otra parte, si el Estado es consenso más coerción, el resquebrajamiento del primero deja al desnudo al aparato estatal, estimula la autoorganización de los trabajadores, provoca movimientos como el de Bolivia. Simultáneamente, el debilitamiento del centralismo, la fragmentación del territorio y el abandono por parte del aparato del Estado de las funciones que le procuraban consenso (desde las garantías de supervivencia a los ancianos y a los sectores desprotegidos hasta una educación pública gratuita y para todos o servicios sociales de todo tipo) facilitan la búsqueda de soluciones recurriendo a la autonomía y la autogestión. Es cierto que también reaparecen tendencias al regionalismo, al localismo e incluso en algunos países donde la población campesina es indígena, una peligrosa tendencia al retorno al encerramiento del esencialismo étnico, y que ellas retrasan la unificación de las protestas sociales y ponen en el orden del día la exigencia de un gran trabajo teórico y político para hacer de todas las diversidades un solo haz anticapitalista. Pero sobre todo reaparece la conciencia histórica profunda. Por eso 74 años después del asesinato de Emiliano Zapata, hay quienes se alzan en armas en su nombre, como si aún viviera, en una zona que no conoció en su momento ni el zapatismo ni la Revolución mexicana o los indígenas ecuatorianos, bolivianos o chilenos unen el recuerdo de los levantamientos contra los Conquistadores al recuerdo político clasista del medio siglo pasado. No estamos así ante una indiscriminada "multitud" sin conciencia ni memoria sino que, en los campos de Bolivia o de Ecuador, a la modernidad brutal del capital financiero se le opone, implícita o explícitamente, la modernidad de la lucha de clases por la democracia y el socialismo. Ante el recrudecimiento de la acción imperialista, con su guerra preventiva que amenaza a todos, con la utilización crecientemente fascista del Estado por parte del imperialismo estadounidense y la amenaza explícita de ocupar todos los territorios que contengan recursos esenciales (como el gas, el petróleo o el agua) los indígenas-campesinos recurren al reforzamiento de su poder en su territorio y al intento de construir también, desde sus autonomías, las bases para un Estado independiente y que sirva los intereses del desarrollo nacional satisfaciendo las necesidades de la población. Ellos comprenden que, en la resistencia al imperialismo y en la lucha por su desarrollo social, el Estado es un arma, pero saben

también que el que está en crisis es este Estado dependiente y en su lucha intentan sentar las bases de otro, apoyado sobre la democracia directa y que rompe la dependencia del capital. Por lo tanto, en la construcción de nuevos poderes, como en Chiapas, en México, no hay ninguna peligrosa reproducción del poder capitalista sino una lucha por el poder, a la vez en el territorio y en la cabeza de las poblaciones locales. Basados en su experiencia histórica, tan abundante en materia de territorios liberados, republiquetas, doble poder, los indígenas de todo el continente, que son hoy la parte más avanzada de los movimientos sociales de masa junto con los campesinos sin tierra, buscan crear y defender sus territorios autónomos con su fuerza y en alianza con otros sectores oprimidos, buscan crear y extender su poder local enfrentando al poder central capitalista y, lejos de prescindir de la política, hacen política buscando aliados y construyen una identidad a la vez particular y general sin disolverse en una amorfa multitud.

Más que nunca corresponde a los socialistas salir de los estrechos marcos de una visión falsa sobre la unidad nacional contra el imperialismo y del dependientismo que ve las causas de todos los males en las maniobras del imperialismo y en las “traiciones” de los gobiernos. Más que nunca hay que aprender a analizar los problemas de cada región desde el punto de vista de clase, ese que los neoliberales —para dominar mejor— naturalmente declararon inútil y obsoleto. Para ser útiles y poder colaborar programáticamente a la construcción de un movimiento anticapitalista de masas, hay que ofrecer posibles soluciones a los problemas fundamentales. Las críticas son necesarias pero mucho más lo son propuestas sobre qué hacer ante el problema rural mexicano, cuáles pueden ser las alternativas para la industrialización del gas boliviano y la solución a la carencia de tierras, qué hacer con el monopolio de tierras y divisas de la oligarquía financiera-terrateniente argentina.

Si estamos entrando en una nueva fase de los movimientos, los socialistas tenemos que entrar también en una nueva fase de nuestro quehacer teórico-práctico.

GUILLERMO ALMEYRA  
*Buenos Aires, Octubre de 2003*

